

Principios para una estética de la sostenibilidad

Euforia y disforia: hacia un giro ecológico

A menudo, con el uso de determinadas expresiones o palabras se ponen de manifiesto los signos de los cambios sociales y culturales en curso. A veces no se trata de simples cuestiones de gusto o de la moda, sino de cambios de perspectiva respecto de determinadas problemáticas.

La palabra «sostenibilidad»,¹ introducida por primera vez en el campo del medio ambiente por el Informe Brutland, de principios de los años setenta, nos parece más actual y pertinente que el término «ecología». Este último ha sido objeto durante años de malentendidos y mistificaciones; se trata de un término abierto a una serie de significados disciplinaria y semánticamente diferenciados, pero a menudo confusos y sobrepuestos entre sí.

Preferimos el aparente tecnicismo del término «sostenibilidad» al recalentamiento comunicativo que ha tergiversado en alguna ocasión el sentido de la palabra «ecología».

No se trata de una cuestión de gusto personal, sino de la premonición de que nos estamos dirigiendo hacia una nueva situación de prácticas ambientalistas, menos infantil e inmadura que la precedente que ha caracterizado los años ochenta; es decir, más consciente y madura.

De hecho, la aproximación al problema ecológico se ha llevado a término durante los primeros años del debate ambientalista desde dos frentes bien diferenciados, con dos aproximaciones culturales casi contrapuestas. Por una parte, estaban los que leían, más o menos conscientemente, la palabra «ecología» de manera eufórica, en clave fuertemente sentimental y subjetiva, identificándose de manera directa y proyectiva en los diferentes problemas. Por otra parte, en cambio, estaban aquellos que se distinguían por un comportamiento disfórico, nihilista y pesimista, capaz de profetizar destinos trágicos para la humanidad.

La auténtica querrela surgida entre ecologistas eufóricos y disfóricos, aunque ha tenido la virtud global de sensibilizar y crear debate sobre la urgencia de las problemáticas ambientales, a menudo, sin embargo, ha

impedido que se afrontaran de manera eficaz los problemas en el lugar y en el momento en que se producen.

Los primeros se enamoraban de las ballenas y protestaban por un bosque destripado por una autopista, los segundos decretaban el deshielo del casquillo polar y la desertización de regiones forestales.

Al fin y al cabo se trataba de dos visiones dialécticas y complementarias, la primera de las cuales fijaba preferentemente su atención en períodos cortos de tiempo, en términos inmediatos y visibles, mientras que la segunda lo hacía en problemas más globales y sutiles, invisibles y alarmantes. Polos extremos destinados a unirse: táctica a corto término y estrategia a largo término. Hoy debemos tener en cuenta los aspectos positivos presentes en las dos actitudes, ambas necesarias para la elaboración de una estrategia de salvaguardia ambiental consciente y con posibilidades de victoria.

El anhelo, entendido como un acto de compromiso diario, que transmitimos en el inicio de esta segunda era ecológica, consiste en la adquisición de la capacidad de superar las «modas verdes» y los aspectos más accidentales de los problemas, para obtener una visión verdaderamente sistemática e interdependiente de las soluciones adecuadas para la supervivencia del planeta, nuestra única casa.

Proyecto y rediseño del mundo: desmontaje y globalidad

Parece claro que el ecodiseño, el *environmentally conscious design*, el *earth friendly design* o como queramos llamarlo (nosotros utilizaremos la expresión «diseño sostenible»), constituye una ocasión seria para rediseñar el panorama de los artefactos del mundo. Es mejor que el que produce y el que diseña, pero también el que consume, tengan bien claras las oportunidades que ofrece el diseño sostenible para una regeneración de las mercaderías y del consumo del planeta.

La ecología es la ocasión para el rediseño artificial del mundo, que la cultura del diseño, desde el comienzo de nuestro siglo, persigue con desesperada obstinación.

1. Adaptamos el término italiano *sostenibilità*, que significa, según el diccionario Zingarelli, «cualidad de lo que es sostenible». (N. del T.)

Los movimientos vanguardistas de principios del siglo XX sintetizaron dos grandes principios que caracterizan toda la atormentada y fértil historia creativa sucesiva. Dos grandes deseos, fundamento de su poética, localizables en el futurismo, el cubismo, el neoplasticismo, y transversalmente en toda Europa, desde la tradición germánica a la escuela holandesa y a los primeros movimientos ingleses: son el desmontaje y la globalidad.

Por desmontaje se entiende la capacidad analítica de deconstruir las visiones estéticas preexistentes para reproducir nuevos lenguajes y soluciones sintéticas. La capacidad de renunciar al dato académico, a la verdad preconstituida, a favor de la búsqueda de lenguajes *in progress*, de respuestas en las que los propios instrumentos de investigación y de proyecto son puestos en discusión. Una habilidad profunda en la operación de desmontaje, de descomposición semántica para formular respuestas con nuevos valores de sentido, aun cuando éstos manifiestan (a veces) la evidencia de las dudas o de la incerteza.

Por globalidad entendemos, en cambio, la voluntad absoluta de aplicar la visión estética a todos los campos proyectivos posibles, de extender la metodología operativa a sectores disciplinarios diversos, realizando la utopía de la obra de arte total, la *Gesamkunstwerk*. Esto provoca una sed proyectiva insaciable, una atención hacia todo el conjunto de las mercaderías y de los materiales, y permite afrontar técnicas y lógicas de producción diversas las unas de las otras.

Desmontaje y globalidad han sido principios que han caracterizado la tarea diseñadora de nuestro siglo, elementos en parte utópicos que, a partir de factores lingüísticos y estéticos, han sido progresivamente traducidos en actitudes metodológicas.

Hoy pueden convertirse también —y éste es un paso fundamental— en reglas productivas, y no sólo culturales: aproximaciones para resolver las necesidades del presente sin comprometer la posibilidad de las generaciones futuras para resolver sus propias necesidades.

Estamos utilizando claramente una analogía, incluso un poco forzada, conscientes de la profunda diversidad histórica y cultural que distingue los comienzos de nuestro siglo de nuestros días. Y, no obstante, ejerce una cierta fascinación la idea de que el mensaje (en aquellos tiempos poético por necesidad) de las vanguardias históricas se concrete hoy operativamente en un nuevo comportamiento proyectivo, dictado por el

imperativo ambientalista. No nos fascina tanto la idea de la continuidad, bastante improbable, por cierto, como la esperanza de que se pueda regenerar un momento de valor proyectivo y metodológico tan rico y profundo que sea capaz de presentar valores profundos y legibles.

La estética de la sostenibilidad tiene de esto una necesidad innegable.

Desmontaje y globalidad son, pues, palabras clave en la praxis del diseño sostenible, sinónimo de simplificación y reciclaje, de sistematicidad y capacidad holística: saber descomponer para reconstituir teniendo en cuenta el todo.

El diseño sostenible enseña que no existen respuestas simples a problemas complejos, que es necesario hacer de la consciencia de los límites un recurso y no una atadura. La capacidad, en un contexto así, de formular visiones y metáforas claras y visibles pero dotadas de sentido profundo, es una tarea para la cual el diseñador está cada día más requerido: tan sólo con la capacidad de evocar escenarios de producción y consumo convincentes puede, de hecho, comenzar a caminar aquello que alguien ha definido como una segunda era ecológica.

La ecología no anula, así, nuestra historia; en todo caso la cita desesperadamente, necesitando una inyección de fidelidad y renovación: estamos en el fin no sólo del siglo, sino del milenio, y nosotros no deseamos otra cosa que ser felices portadores de unas condiciones de existencia dignas para los otros milenios de la historia. Teodóforos, no Casandras.

Diseño sostenible: niveles de definición

La temática ambiental conlleva necesariamente una redefinición de los modelos de relación y diálogo entre cultura del diseño y realidad empresarial. La ocasión la proporciona la convergencia entre las exigencias prácticas de la industria, cuyo rol tiende a hacerse más complejo culturalmente, y la tensión social encarnada por el diseñador, que interviene cada vez más en la definición de los procesos productivos.

El diálogo entre industria y diseño plantea hoy la pregunta directa del sentido de producir, no sólo, por lo tanto, de «cómo producir», sino también de «por qué producir». La urgencia ecológica se interpone como una cuña entre los dos actores inalterados de las políticas materiales del planeta, reclamando a diseña-

dores y a productores nuevos niveles de consciencia y responsabilidad. En este sentido se ha acabado la época, por decirlo de alguna manera, «romántica» de la relación entre el diseñador y el industrial, en la que entre ambos existía una especie de relación amor-odio, de vínculo de necesidad recíproca, en el que se creaba un fuerte dualismo. La ecología crea una especie de triangulación, de *ménage à trois* en que galanteados y galanteadores ya no tienen un rol definido, y donde aumenta la fluidez y la condición compacta del sistema, la necesidad dialógica. Hoy cuenta de forma prioritaria la bondad de la solución propuesta y su sostenibilidad ambiental: el diseñador es el responsable último de los criterios de calidad, es quien debe conjugar el polo del desarrollo sostenible y el del sentido cultural de las mercaderías.

La cuestión del sentido se traduce necesariamente en un problema metodológico, en la capacidad de elaborar nuevos instrumentos de diálogo y de interacción entre diseño y producción.

Cambia la forma de hacer diseño como consecuencia necesaria del deseo de cambiar los modelos de consumo.

Se presentan al diseñador nuevos niveles de operatividad y de praxis disciplinaria, fundamentales para entender y dirigir conscientemente la evolución del universo de las mercaderías bajo el impulso ambientalista.

Las fuentes disciplinarias, a las que corresponden los diferentes niveles de definición del diseño sostenible, pueden ser esquematizadas de la siguiente manera:

a) *Normas legislativas*

Para garantizar la sostenibilidad ambiental es necesaria alguna prescripción de tipo normativo. La formulación de tales normas influye y determina todos los procesos de orientación ecológica de la producción y del consumo. Aunque el nivel normativo parezca algo tradicionalmente alejado de la actividad del diseño, es de gran importancia y actualidad la participación directa de los diseñadores en la definición de estos parámetros.

b) *Políticas productivas y de mercado*

La urgencia ambiental impone a todos los productores una revisión de los modelos de producción y de las políticas de mercado.

La coherencia en la identidad de marca y la responsabilidad (*fidelización*)² con el cliente son cualidades que un productor actual debe poder garantizar, constituyéndose en una figura capaz de representar y formular valores de alcance sociocultural. El mercado ya no es tan sólo un terreno económico y cuantitativo, sino cada vez más un espacio de confrontación cultural y comunicativa.

Al diseñador, por lo tanto, se le reclama a menudo la capacidad crítica e interpretativa de un observador externo a la empresa, pero capaz, al mismo tiempo, de abarcar de ésta las lógicas internas de forma profunda y estratégica. Su papel de consumidor activo, atento a las macroevoluciones de los estilos de consumo y de las políticas empresariales, está indudablemente destinado a ser cada vez más fundamental.

c) *Diseño del producto y de los materiales*

Aun la propia actividad proyectística de los artefactos concretos, tanto si se trata de rediseñar un producto como de un concepto innovador, resulta invadida por la temática ecológica; por lo que respecta a los materiales, a los procedimientos de montaje, de embalaje, de manutención.

Del diseño de los productos se tiende a evolucionar hacia el diseño de sistemas, donde el diseñador debe saber encontrar un equilibrio entre los nuevos procesos productivos y los factores expresivos y estéticos, dirigiendo la producción de sentido que los nuevos procesos comporten.

En este sentido, el diseño sostenible constituye sin duda la ocasión para una profunda renovación metodológica que garantice la resolución de los problemas productivos en concomitancia con la creación de nuevos escenarios de referencia.

d) *Estrategias comunicativas*

Saber comunicar las decisiones ecológicas adoptadas es para una empresa tan importante como el valor operativo de estas decisiones. El diseñador es el interlocutor privilegiado de las decisiones empresariales ante la evidencia de la creciente sensibilidad colectiva: su papel de enlace activo es parte integrante del deber que tiene que saber afrontar profesionalmente.

2. En italiano, *fidelizzazione*. (N. del T.)

Es necesario, en consecuencia, estar en situación de evocar y esbozar nuevos escenarios y servicios, ya que, si, como dice Ruffolo, «la calidad de los bienes descansa en la relación entre el contenido de información expresada y la energía invertida», los aspectos comunicativos son fundamentales.

Solamente teniendo en cuenta la complejidad evocada por el conjunto de los niveles arriba mencionados se puede hablar de diseño sostenible.

Una nueva economía ecológica asume credibilidad y valor tan sólo en la globalidad de un modelo articulado y reactivo. Justamente en esta dirección se tiene que mover la praxis proyectiva, demostrando saber comunicar, tanto al interior como al exterior, con el mundo empresarial y con el de los consumidores.

La capacidad de dialogar a escala internacional e interdisciplinaria es una de las claves de supervivencia del planeta, clave que la cultura del diseño debe saber hacer propia. Sería alarmante que los diseñadores renunciaran a tal oportunidad; de hecho, es a ellos a quienes corresponde la tarea de fusionar con éxito los valores de las tradiciones humanísticas con el uso de los conocimientos tecnológicos para formular propuestas innovadoras y concretas.

Ser capaz de comunicar con mayor claridad los principios del diseño sostenible significa saber dibujar y definir una estética del mismo, un conjunto de valores formales y morales conectados entre sí de manera significativa.

Formular una *estética de la sostenibilidad* es, por lo tanto, la verdadera emergencia del diseño de hoy, necesaria para que la palabra «mañana» tenga aún un sentido.

Principles for an esthetics of sustainability

Euphoria and disphoria: towards an ecologic turn

Often, by the use of certain expressions or words, we manifest the signs of the social and cultural changes we are undergoing. Sometimes it is not a simple question of tastes and fashion, but rather of changes in our point of view on certain problems.

The word «sustainability», first introduced in the environmental field by the Brutland Report of the early seventies, seems to be more up to date and pertinent than the term «ecology». This latter has been for years the object of misunderstanding and mistification; it is a word open to a series of meanings, differentiated by disciplines and semantics, but often confused and interrelated between them.

We prefer the apparent technicism of the term «sustainability», rather than the mediatic overheating that has sometimes warped the meaning of the word «ecology».

This is not a question of personal taste, but rather an omen of the fact that we are heading towards a new situation of environmental practice, less immature and infantile, than that preceding in the eighties; that is to say, more conscious and mature.

Actually, the approach to the ecologic problem was carried out in the first years of the environmental debate from two distinct stances, with two almost opposing cultural approaches. On the one hand there were those who read, more or less conscientiously, the word «ecology» euphorically, in a strongly sentimental and subjective manner, identifying directly and projectively with the diverse problems. On the other hand, on the contrary, there were those who distinguished themselves by a disphoric behaviour, nihilists and pessimists, apt to prophesy tragic destinies for humanity.

The very real quarrel which arose between euphoric and disphoric ecologists, even though it had the over-all virtue of sensitizing and creating debate over the urgency of environmental problems, often, however, has prevented facing problems in an efficient manner at the place and time they arise.

The former fell in love with whales and protested against the disembowelment of woods for highways,